

Érase una vez el vientre de la madre

Una niña crece en el vientre de una mujer.

—No, tú no irás a la manifestación; eres una mujer y es peligroso.

Su hermano mayor acaba de atizarle un bofetón. Ella no dice nada, pero le clava su mirada negra de mujer obstinada y sale a la calle a levantar el puño con orgullo y a mezclar su voz con la de la muchedumbre furibunda. Va a recibir muchas más bofetadas y también insultos, pero a los veinte años nada puede detenerla, ni las bofetadas de su hermano ni el embarazo, ni siquiera el miedo a que la maten.

1980 – Universidad de Teherán

Un nubarrón de humo a lo lejos, disparos y gritos.

Tengo miedo, presiento el peligro y me acurruco un poco más en el interior del vientre, pero ese vientre va derecho hacia la muerte, empujado por una fuerza irreprimible.

La joven madre corre por los pasillos de una universidad. Casi se cae: por poco resbala sobre un charco de sangre cuyo rastro lleva hasta un aula de la que salen unos gritos desgarradores.

Se acerca a echar un vistazo. A través de la puerta entreabierta, ve a una chica tendida sobre una mesa, a la que un hombre intenta violar. A su lado, en el suelo, un muchacho a quien están rompiendo el cráneo a bastonazos. Se pone la mano en la boca para ahogar un grito de espanto.

Está trastornada y le tiemblan las piernas.

Por todas partes vuelan hojas, hojas de apuntes, formularios de inscripción, dossiers. Han hecho pedazos las páginas de los libros; han volcado estanterías enteras; unas manos registran los cajones; unas bocas chillan. Han pisoteado los velos de las mujeres; unas manos les arrancan el pelo. Arrastran a las mujeres por el suelo, ellas forcejean y los hombres que las arrastran las tratan de zorras. Esos hombres tienen los ojos inyectados en sangre y blanden unos bastones erizados de clavos. Vociferan «*Allah Akbar*».

El ruido de un cráneo que están rompiendo.

Sigue corriendo, pero no logra encontrar la salida. Ve a jóvenes cayéndose al suelo; oye gritos, le sangran los oídos; quisiera desaparecer —volverse tan pequeña como una hormiga— y escabullirse en un rincón con su bebé.

Su bebé. De repente, cobra conciencia de que está embarazada.

Mi madre lleva mi vida, pero la Muerte danza a su alrededor riéndose a carcajadas, con la espalda encorvada; sus largos brazos esqueléticos quieren arrancarle a su hija; su boca desdentada se aproxima a la joven encinta para engullirla.

La han visto dos hombres, que llevan bastones con clavos y se dirigen hacia ella. Hay una ventana abierta.

Embarazada de siete meses, debe saltar desde el segundo piso, vacila, se da la vuelta y su mirada se fija en los bastones; ya nota los clavos hincándosele en la carne.

Salta.

Ella salta y yo caigo.
Tú estás suspendida en el aire y yo caigo.
Caigo y tu vientre se hunde, mientras me encojo hasta el punto de desaparecer.

Caigo y me abandonas en ese vientre suspendido en el vacío.

Me expulsas fuera de ti. Mi primer abandono. Mi primera herida de amor.

Ángel sin alas, loca irresponsable mía, dulce asesina mía; en ese instante, cavaste un hoyo en mi interior en el que echarán raíces todas las angustias de mi futura vida.

Tú caes y, por un segundo, yo muero en tu vientre convertido en tumba.

La madre está echada en el suelo, incapaz de moverse, atenazada por un dolor punzante en la pierna. Con la cabeza vuelta hacia el cielo y los ojos abiertos de par en par, contempla las nubes blancas. Reconoce la forma de la cabeza de un caballo en una nube. Se le nubla la vista, le pesa la cabeza; justo antes de sumirse en un sueño profundo, se posa las manos en el vientre.

El bebé se mueve.



Érase una vez la voz de la abuela

Al principio, es una voz, tan solo una voz, para mí.

Su voz me llega a través de la pared de piel, de carne, de sangre y de placenta que me protege contra la barbarie del mundo exterior.

Su voz es tenue, mineral, de acentos agudos; un encaje que vibra al viento pero que oculta entre sus mallas una pequeña aguja olvidada, dispuesta a picar en el acto para defenderse o llamarnos al orden.

—¡Eres una inconsciente acabada! Te vas a matar y vas a matar a mi primera nieta.

—No había más remedio. No podía dejar que mataran así a mis camaradas.

—¿Acaso salvaste a alguno, con tu bombo de siete meses?

—No, no salvé a ninguno, pero lo vi.

—¿Y qué es lo que viste?

—Si tú supieras, *madar...*² No debemos olvidarlo jamás.

—Ya basta de estos delirios, ¿me oyes? Te quedarás aquí hasta que des a luz. Y luego, ¡mal rayo te parta!

2. «Madre.»

—Daré testimonio de lo que han visto mis ojos.
—Pero ¿qué diantres significa «dar testimonio»?
—Y el bebé también dará testimonio por su parte, lo sé.
—Al bebé intenta regalarle tres meses de reposo. ¿Ves esta llave? Es la llave del cuarto, voy a encerrarte hasta el día del parto.

Hete aquí secuestrada en casa de mi abuela.

Estás tumbada en un mullido sofá en el salón. Hace bueno. Una madre alimenta a su hija, que alimenta a su bebé. Las manos de mi abuela se afanan. Prepara la comida: de la cocina emana un olor delicioso y dulce a arroz aromatizado con azafrán.

Yo ya quiero a mi abuela, mi gran protectora. Reconozco de inmediato su timbre de voz desde el interior de ese vientre agitado. Mama Masumeh, quisiera que nos tomaras como rehenes en tu casa para siempre, que no nos dejaras marcharnos nunca. Danos más platos suculentos, más té, más calor y más golosinas. Cuida de mi primera casa. Envuélvenos, haz callar los gritos del mundo, sigue hablándonos. Oigo el ruido de la tetera que silba en el fuego. La parra se balancea sobre los muros, un gato pasa furtivamente, mi madre se acaricia el vientre. Al fin descansa como una embarazada razonable. Lejos de las manifestaciones, de las octavillas, de los clavos hincados en el cráneo de la juventud. Cierra los ojos con el propósito de olvidar, pero las imágenes macabras desfilan sin cesar ante ella para atormentarla. Ejército de fantasmas sin boca, reclamáis vuestro testimonio, pero ahora no, tened piedad, dejadnos en paz, marchaos. Os doy patadas para ahuyentarlos. Mi madre se sobresalta. Ya está, te he hecho volver al umbral de la vida, al igual que la voz de mi abuela. Entre las dos te mantendremos alejada de ellos.

Érase una vez los ojos de la madre

Se pasa horas mirando los ojos de su madre. De los ojos de su madre salen melodías mudas que la niña intenta transcribir en sus cuadernos escolares.

Dar voz a tus ojos.

La madre habla poco. Los sueños revolotean alrededor de su cabeza, como los pájaros por encima de las torres del silencio. Un día le contaron a la niña que sus antepasados dejaban a los muertos en lo alto de esas grandes torres, las torres del silencio, para que los devoraran los buitres. El cadáver no debía mancillar la tierra ni el fuego, que era sagrado.

Ve los sueños de su madre encima de su cabeza, intenta atrapar uno de esos pájaros con mil ardides y no lo consigue. Entonces los dibuja en hojas sueltas que tapizan el suelo de su cuarto.

Esos dibujos, mosaicos de mi amor por ti, de mis tímidos intentos por acercarme y sentir, aunque sea desde muy lejos, el aroma de tus sueños.

Ausente, durante mucho tiempo te vi ausente. Ausente de la vida, de la maternidad, del deseo. Te deslizabas lentamente por la vida con una sonrisa de resignación.

Si hoy escribo, probablemente sea porque tú escribías antes. Robo tus imágenes de los poemas que escribiste y que me leíste. Sentía aprensión cada vez que abrías tu cuaderno negro lleno de hojas, de letras, de trozos de papel en los que habías garabateado versos y poemas a veces sin acabar. Siempre me daban un poco de miedo. Miedo a tu alma, miedo a los recuerdos que podían surgir, miedo a esa voz durante tanto tiempo silenciosa que de repente se ponía a hablar. Yo quería que terminaras pronto y experimentaba un verdadero alivio cuando cerrabas tu pesado cuaderno negro. Había logrado atrapar al vuelo alguna imagen suelta y eso me bastaba. Pequeña ladrona de las joyas de tu alma. Prefería adivinarte, imaginarte.

Te escribo.

No te escribo a «tú», a «ti», no, más bien debería decir «escribo tú».

Te embadurno el rostro con mis ensoñaciones, lo mezclo con mis mentiras, con todo lo que me consuela, sumerjo las manos en botes de pintura en busca de tus ojos.

Te zambullo en líquidos hechos de fantasmas y de angustias, y salgo purificada, sublimada, transformada. Quisiera bosquejarte hasta el infinito para que no te mueras jamás.

Te extiendo sobre mi mesa de trabajo. Te diseco. Te abro los brazos, las piernas, te levanto los senos, hurgo en tu vientre para encontrar el secreto de mi nacimiento.

El donativo

Los ojos de la madre observan una pluma que revolotea a lo lejos. Sabe que deben marcharse. Ha comprado ropa y zapatos para allí. La niña debe dar sus juguetes a los chiquillos del barrio, cosa que no le apetece nada. Pero sus padres le han enseñado que la propiedad privada es algo feo. Lo leyeron en un libro de Makarenko. Ella no comprende qué significa esa palabra, «la propiedad».

—¿Por qué tengo que dar mis juguetes?

—Porque no podemos llevárnoslos.

—Pero yo no quiero.

—Escucha, dar es algo hermoso, ¿sabes?

—No, me obligáis a dar, que no es lo mismo. ¡Yo no quiero!

La madre suspira.

—¡Caramba! ¿Qué hemos hecho para tener una hija así? No entiende ni papa del comunismo.

Otra palabra que la pequeña de cinco años no comprende.

Se refugia en su cuarto y, bajo una tienda que ha construido con una sábana y dos sillas, coloca todos sus juguetes a su alrededor y les dice:

—Escuchadme, quieren separarnos pero yo no quiero, así que nos quedaremos aquí, sin movernos, y os contaré un montón de historias hasta que todos se duerman, y entonces cavaré un hoyo al pie del árbol del jardín y os esconderé allí. Volveré a buscaros más tarde, pero volveré pronto y jugaremos juntos otra vez. No me fio de los otros niños del barrio. Son unos brutos, os van a estropear. Yo sé cuidar de vosotros y no os abandonaré.

Y la niña abre un primer libro y les cuenta una historia a los juguetes, que la miran sin decir palabra, inquietos por su suerte.

Érase una vez

Un rey llamado «Mechón de Fuego». Era el rey de un país donde siempre hacía frío y era de noche. Había prohibido el fuego sagrado en todas las casas, así que este no se encontraba en ninguna parte. Cuando se ponía el sol, la ciudad se iba revistiendo de un espeso velo negro. Era imposible cocer alimentos, calentarse en invierno, forjar metales, encontrar el camino en plena noche, contemplar un rostro amado a la luz de una vela, jugar a las sombras chinescas o leer hasta altas horas de la noche. En la ciudad, la vida se detenía tras el último destello de luz natural. Entonces todas las ventanas de las casas se convertían en grandes ojos negros ciegos.

Todas, menos una: la del palacio del rey. Este había ordenado que apagaran todo lo que se pareciera vagamente al fuego y, a continuación, había encerrado la última llama que todavía vacilaba en un mechón de pelo que le caía sobre la frente, y por eso lo apodaban «Mechón de Fuego».

Y, siempre que lo necesitaba, se acercaba una ramita a la cabeza para encenderla y rodearse así de luz y de calor.

Un día, un niño que se llamaba Shoja, que significa «valeroso», decidió acercarse a Mechón de Fuego para robarle un poco del fuego mágico que llevaba en la cabeza. Mágico, porque ese fuego jamás se apagaba.

Esperó pacientemente a una noche de luna llena para poder orientarse. Acudió al palacio del rey procurando que no lo detuvieran los guardias.

El palacio era suntuoso, estaba iluminado por un sinfín de luces; el muchacho nunca había visto tantas velas, tantas antorchas ni tantas teas; se quedó tan deslumbrado que hasta le pareció distinguir pequeñas chispas en el aire. Un calor suave le envolvió la piel y lo aletargó un poco; flotaba en un mar de luz. De pronto, Shoja salió de su letargo sacudiendo la cabeza: debía llevar a cabo su cometido. Se contuvo, aguzó la vista y el oído, y creyó oír un ligero ronquido en el piso superior. A medida que subía por las escaleras de puntillas, el ronquido se volvió más ruidoso. Se dirigió a un aposento. Giró suavemente el pomo de la puerta y entró. El rey estaba tumbado en su lecho, durmiendo a pierna suelta.

Shoja se sacó una ramita del bolsillo y la acercó al mechón mágico del rey. La ramita se encendió al instante y él regresó corriendo al pueblo.

Por todo el reino resonaron gritos de alegría: en unas horas, todos los súbditos tenían fuego en su casa.

Lo conservaron en grandes hornos que había que alimentar regularmente con madera. Y, durante toda la noche y todo el día posterior, los habitantes fabricaron sin cesar armas, lanzas y espadas en el sótano de sus casas. Querían

derribar a aquel rey que los había condenado a una noche oscura durante tanto tiempo.

A la noche siguiente, los súbditos, armados hasta los dientes, acudieron al palacio del rey y cuando este, atónito, vio las llamas de las antorchas que revoloteaban en el cielo oscuro y lamían la punta afilada de las espadas y las lanzas, comprendió que había llegado su hora. Puso pies en polvorosa y huyó a caballo.

En todo el pueblo se celebró una gran fiesta: encendieron un fuego gigantesco, alrededor del cual bailaron durante toda la noche.

La niña cierra el libro, se pone en pie y coge otro; continúa leyendo para alejar el momento de la separación.

También tuve que dar mi ropa, mis libros y mis muebles. Siempre llevaba a cabo ese donativo forzado con gritos y llantos. Pero, ante los niños que venían a casa con la esperanza de recibir una muñeca o un libro, me callaba. Les tendía el juguete en silencio, adoptando una expresión grave y solemne.

Recuerdo los juguetes en manos de los niños pobres del barrio, su mirada de asombro, su sonrisa tímida. Pero en cuanto se cerraba la puerta, iba corriendo a mi cuarto y, una vez allí, era presa de una profunda angustia al ver esa habitación que se iba vaciando poco a poco.

Entonces me echaba a llorar de nuevo y, a veces, a gritar; ineluctablemente, acababa sumida en un estado de abatimiento, inerte, con la mirada perdida. Me sentía tan sola en el mundo... Estaba convencida de que vivía con dos monstruos que iban a desposeerme de todo.

Mi abuela, al enterarse de que había dado a los niños del barrio los juguetes que ella había elegido con tanto esmero y amor, se tiró de los pelos. Intentó hacer recapacitar a mis padres, pero era imposible detenerlos. Tenían el convencimiento de que me estaban enseñando una de las lecciones fundamentales de la vida: el desapego por lo material y la abolición de la propiedad.

Entonces me acurrucaba en esos brazos carnosos y cálidos; ese era mi único consuelo. Mi abuela me repetía que me compraría más juguetes, que no llorara, que rezaría por mí para protegerme de esos bárbaros comunistas, y sus dedos finos, con la manicura perfecta, que olían a flor de azahar y a rosa, me enjugaban los lagrimones cargados con toda la desesperación del mundo.



Nushabeh

Es mi cumpleaños. Tengo cinco años. Sobre la mesa hay un enorme pastel con muchísima nata.

Falta alguien: mi tío, el hermano de mi madre. Se llama Saman. Por mi cumpleaños siempre me regala una flor, una única flor llamada «Golé Maryam». Es nuestro ritual: cada cumpleaños, una Golé Maryam. Me encanta su perfume.

Esta vez, él no está. No vendrá. No recibiré ninguna Golé Maryam por mis cinco años.

Suena el teléfono. Mi madre descuelga. Escucha sin decir palabra. Cuelga.

Lo han detenido. Está encarcelado en Evin. Llevaba unas octavillas. Más tarde, cuando la policía ha registrado su casa, también ha encontrado un arma. Acaba de cumplir diecinueve años.

Unas mujeres vestidas de negro hacen cola para ver a sus detenidos. Siluetas negras, silenciosas, con cestas llenas de provisiones. Esperan su turno de visita.

Hago cola con mi abuela y un poco más tarde estoy sentada delante de mi tío. Nos separa un cristal. Le hablo por un teléfono. Sonríe con esfuerzo. Sé que le cuesta sonreír. Le digo que esos hombres barbudos apestan y que son feos.

Se ríe a carcajadas, pero enseguida se enmienda imponiéndome silencio. No digas esto aquí. Mi abuela también me regaña. Me aburro. Quiero marcharme. Detesto este lugar, mi tío está en una jaula vigilada por unos hombres asquerosos.

Pienso en mis juguetes, que tendré que abandonar.

No quiero estar como él en esta jaula. Quiero marcharme allí. Quizá se esté bien, allí.

2005 – París, terraza del café Sancerre, en la Rue Abbesses

Es tarde, medianoche pasada. Tengo veinticinco años. Mi tío Saman está sentado frente a mí, junto a mi madre. No deja de hablar. Nunca se había mostrado tan parlanchín. Ha bebido un poco. Se le suelta la lengua. Es la primera vez que rememora la cárcel.

Pasé ocho años en una de las peores cárceles del mundo. Allí me dejé el pelo, los dientes y la juventud. Bebe un sorbo de cerveza.

El primer año, compartía celda con un gran periodista muy comprometido, cuyos artículos eran famosos en los círculos intelectuales iraníes. Me enorgullecía compartir celda con él. Pero ese ilustre resistente tenía una manía de lo más rara: cada mañana miraba los mismos dibujos animados en la televisión. Los dibujos animados no eran nada del otro mundo; me parecían tan banales como la mayoría. Cada mañana los miraba con una constancia y una concentración imperturbables. Seguía todos los episodios, por nada del mundo se hubiera perdido ni un minuto de las aventuras de la pequeña Nushabeh, que era el nombre de los dibujos animados.

Un día no pude aguantar más y le pregunté por qué los miraba a diario. Me sorprendía que un periodista como él, célebre, reconocido, comprometido y encarcelado por sus ideas políticas, pudiera encontrarles algún interés a esos estúpidos dibujos animados; la verdad es que me preocupaba por él, pues pensaba que esa obsesión era una forma de regresión.

El hombre levantó la cabeza y me clavó la mirada. Sonrió.

Me contestó despacio:

—Esos dibujos animados no son estúpidos ni estoy experimentando ninguna regresión, no sufras. ¿Conoces el personaje de Nushabeh? Pues la botellita que habla en esos dibujos animados es la voz de mi mujer.

—¿La voz de tu mujer?

—Es su trabajo, es dobladora. Ella le pone la voz a ese personaje y yo la escucho todas las mañanas.

Regresé a mi celda y apunté «Nushabeh» en mi cuaderno para no olvidarme jamás.

Quisiera pasarme la vida recogiendo historias. Historias hermosas. Las guardaría en una bolsa y me las llevaría. Y, en el momento propicio, se las regalaría a un oído atento para ver cómo nace la magia en su mirada. Quisiera sembrar historias en los oídos del mundo. Quiero que florezcan, que broten flores embriagadoras en lugar de todas las flores que se echan en falta, de todas las Golé Maryam que tendrían que haberse regalado y que no se pudieron regalar.



Abbas

Nuestra casa está situada en el barrio de Tehranpars. Es el escenario secreto de reuniones políticas clandestinas. Cada semana viene gente. Cuando franquean el umbral de la puerta, tienen la cabeza gacha, solo se miran los zapatos o cierran los ojos por completo para no ver el trayecto ni reconocer el lugar. Esa es la regla: así, si te detienen, no podrás revelar el lugar de encuentro. Una vez en casa, alzan la cabeza y abren los ojos, y yo los miro atentamente intentando reconocer alguna cara familiar. Durante esas reuniones en que los mayores escriben octavillas y fuman como carreteros, a mí me dejan en un rincón, juego o más bien finjo que juego, sé que no debo molestar; se trata de asuntos de adultos y, por lo demás, nadie me presta demasiada atención. Nadie, salvo uno.

Se llama Abbas. Es el único de esos desconocidos a quien le intereso. Se acerca a mí, me coge en brazos y me lleva en volandas riéndose. Proclama que esa cría le da fuerzas, fuerzas para luchar, para tomar las armas, que si quiere volver a hacer la revolución contra esos cabrones es por todos los niños del país, que está dispuesto a morir por todos los críos que nacieron durante la revolución. Me mira con una sonrisa y me deja en el suelo.

Los ojos le brillan cuando sonrío e incluso cuando no sonrío. Tiene una mirada de iluminado. Abbas es una estrella fugaz: no llegará a viejo porque, algún día, su corazón ya no podrá contener todo el amor que rebosa. Algún día le estallará el corazón y espero que todo el mundo acabe salpicado por su amor.

Yo lo observo y leo todo eso en sus grandes ojos negros llenos de vida.

Una mañana, la madre de Abbas llama a la puerta. Tiene los ojos enrojecidos. Le cuesta hablar. Mi madre lo comprende enseguida. La invita a entrar.

Han detenido a mi hijo, vinieron en plena noche, él dormía. Lo arrancaron de la cama, lo arrastraron afuera. Y lo peor es que ni siquiera le permitieron vestirse y calzarse. Con las prisas, solo consiguió ponerse una sandalia, una triste sandalia de plástico; yo corrí tras ellos por la calle para darle la otra, pero era demasiado tarde, y la última imagen que conservo de él es de su pie descalzo sobre el asfalto frío de la calle, antes de que desapareciera en un coche.

Ya no dice nada más. Con un gesto moroso, abre el bolso y saca una sandalia que coloca sobre la mesa.

Eso es lo único que le han dejado a su madre, eso es lo único que me queda de mi hijo: una sandalia de plástico. Y repite esa palabra, la susurra con los ojos como platos, sin mirarnos, observando ese chisme colocado sobre la mesa. Esa mujer me da miedo, me aparto y me escondo detrás de la pierna de mi madre. Tiene unos ojos muy abiertos que parecen ver cosas que nosotras no podemos ver.

Al cabo de unos días, nos la encontramos por la calle. Mi madre se acercó a ella para saludarla. Nos dirigió una mirada extraña, de bestia acorralada; mi madre no insistió, continuamos nuestro camino. No nos reconoció. Le pregunté a mi madre por qué estaba así, con los ojos como platos pero sin expresión. Resultaba muy inquietante. Mi madre contestó con sequedad: «Se ha vuelto loca.» Unos meses después, el padre murió de un ataque al corazón.

Y yo preguntaba siempre: «¿Y Abbas? ¿Dónde está Abbas?», pero no me contestaban. A veces desistía, a veces insistía con más ahínco. Un día que insistía más que de costumbre, tirando de la falda de mi madre, esta me dijo con una mirada teñida de culpa: «Se ha convertido en una estrella fugaz, está en el cielo.» ¿Qué significaba esa historia de la estrella fugaz? Fui presa del escepticismo. Me volví hacia mi padre, decidida a descubrir la verdad sobre la suerte de Abbas.

—*Baba*, ¿dónde está Abbas?

—Está muerto. Lo fusilaron en la cárcel.

Me quedo conmocionada. Se me saltan las lágrimas. Corro a esconderme en el jardín, al pie de una higuera que me protegerá de la locura de los adultos.

Me pregunto si, a fin de cuentas, no prefiero la historia de la estrella fugaz.

Abbas, el joven revolucionario, el gran enamorado de la vida, la sandalia de plástico, el prisionero, el fusilado. Todavía oigo el susurro de esa pobre madre que repitió hasta el fin de sus días estas cuatro palabras: una sandalia de plástico. Oigo el susurro de todas las madres que repiten a su vez su palabra, su palabra de dolor, su palabra despellejada, su palabra de injusticia.